

Cosquillas



30
céntimos.

INOPORTUNIDAD

Por Demetrio

—¡Qué fastidio! ¡Siempre
llego a los suspiros entrecor-
tados...!



MARIA CABALLE, en la posse final del Skecht "Fumadero de opio", de la película "Frvolinás"

(Ediciones seleccionadas, "A. Carballo". Madrid.)



COSQUILLAS

REVISTA COMICO SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

CENTRAL DE PUBLICACIONES Y EDICIONES, S. A.

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 53.355

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 5 de Marzo de 1927

Núm. 23



DÍAZ-ANTÓN

Incoherencias

por el

“Chino desconocido,,

ADIOS AL CARNAVAL

—¡Que te frian un mamut!
¡Vaya pelmacería la del Momo este de ahora, reumático y catarroso! Los asiáticos somos así de categóricos; cuando nos joroba una cosa, nos despachamos ¡y a tomar por mariposas a los vencejos!

AHORA LOS CRITICOS...

...Arrean cada linternazo que tunden y pulverizan a las obras teatrales mal concebidas o mal in-

terpretadas. Algunos están desconocidos.

¿Y DESPUES?...

¿Qué pasará cuando se pongan de acuerdo? ¿Pero por qué han de reñir unos y otros? ¿No es el teatro un negocio como otro cualquiera? ¿Que hay que velar por la educación de las multitudes? ¿Que hay que velar por el arte? Ya estamos en el secreto... ¡Acuéstense tranquilos!

MODERNIDADES

—Aquella es la mujer de Pepe.
—¡Pero, calla! ¡No es esa la que está liada con Antonio?

—Estaba; ahora está a punto de devanarse con Luis, si no hay inconveniente por parte de Pepe.

Hemos decidido no recibir más obsequios por nuestro buen comportamiento en el extraordinario de Carnaval. ¡Porque es que nos envían hasta calcetines usados!

Este número ha sido revisado por la censura.



Si tu novia es pegajosa y acariciadora, déjala hacer a su antojo y... toma el aceite de víscera de bacalao.

Si tu compañero de oficio o el eterno descontento de todo, repudia injustamente tu labor, dale un saco vacío y ordénale que lo venda por lo que le den.

Si tu querida necesita más dinero que tú puedas darle, no te digo que tomes tal o cual determinación. Lo que sí te digo es que la dejes libre alguna noche o te deje ella para siempre.

Huye del trato de esos hombres “indeterminados”. Huye te digo, porque el trato de esos hombres es repugnante y porque..., porque, a lo mejor, les das la razón a fuerza de trato.

Antes de pedir la mano de una señorita infórmate de si antes que a ti se le ha concedido a algún novio, y para qué.





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

¡Mucho cuidado con la ansiedad!

¡Cómo está el patio! Las damas del "Lyceum" se han dirigido a los poderes públicos en solicitud de ciertas mejoras para la clase. Las damas del "Lyceum" estiman que ha llegado el momento de que la mujer tenga, en sociedad y ante la ley, iguales derechos que el hombre. Para las damas del "Lyceum" es inconvertible que la esposa puede, en el orden administrativo del hogar, ocuparse en cosa más alta que tomar la cuenta a la cocinera; que está capacitada para adquirir, enajenar, contratar y rescindir con idéntico fuero que el esposo.

Estiman también las damas del "Lyceum" que el Código penal es injusto al absolver al marido que encuentra a su media naranja "refrescando" con otro hombre, mientras no se otorgue igual facultad "agresiva" a la mujer que tope a su compañero en íntimo coloquio con otra sentimental voluntariosa.

Las demandas de las damas del "Lyceum" han provocado, a su solo anuncio, eso que los periódicos llamaban antes de la Dictadura "un movimiento de opinión".

"Heraldo de Madrid"—no olvidaremos que este colega está dirigido por Manolo Fondevila, el ilustre autor de ese drama de tendencia social feminista que se llama "La dona verge"—; "Heraldo de Madrid" llama a una encuesta a todas las personalidades de ambos sexos con capacidad y mérito para emitir sus opiniones.

A las únicas, ¡ay! que las tiene sin cuidado la inquietud redentora de las damas del "Lyceum" es a las más directamente favorecidas por la idea: a las pobres mujeres.

Parece como si no las importase que la Ley las conceda o las niegue lo que se pide para ellas. Se diría que están convencidas de que con Ley o sin Ley, con Derecho o sin Derecho están amparadas en lo que el Amor—del que son reinas absolutas—, las obedezca ciego. ¡Y están en lo cierto las hijas de mi vida! Meditemos. Para una mujer que se haya arruinado por un hombre, ¿cuántos hombres se han arruinado por mujeres? Para un hombre que haya sido absuelto

por los Tribunales en delito de crimen por adulterio flagrante, ¿cuántas mujeres no han sufrido siquiera las molestias de un proceso, aún a sabiendas de que "se han cargado" a sus maridos o a sus novios?..

Porque hay muertes y muertes. No se muere sólo de veneno, de puñalada o de disparo. Se mata y se invalida a un hombre de mil otras maneras. ¿De qué cojea Fulano? ¿Por qué está tuerto manganito? ¿Qué causa ha motivado en Perencejo esa ataxia locomotriz que le

impide salir a la calle si no es del brazo de un criado?... ¡La seducción, la insaciabilidad, las malas artes femeninas! ¡¡Voilà l'enemi!!

Contra las pretensiones—tan alevés—, de las señoras del Casino el "Lyceum", deben alzarse al punto los socios del Casino de Madrid, del de Bellas Artes, de La Peña, del Sporting, de todas las reuniones masculinas. Jóvenes prematuramente envejecidos, próceres arruinados, tontos que fueron listos; toda una fauna de amadores que por serlo perdieron sus tesoros... ¡en pie—si es que podéis—, y a defenderos! No creo que corran peligro vuestros imaginarios privilegios. ¡Pero estar prevenidos, por si acaso! Si estando encadenadas por la vigente Ley las mujeres, a la chita callando, os dejan sin pesetas y sin medula... ¿qué harán, al conseguir sus pretensiones?...

En una instancia tan juiciosa como la de las damas del "Lyceum" debéis pedir a los que nos gobiernan que supriman dos cosas: las mujeres bonitas y las modas pimpantes. En lo que existan, iréis por el mundo sin dos reales y sin sangre en las venas...

Lo saben, las preciosas, y por eso se ríen de lo que piden, so color justiciero, las damas del "Lyceum" y que alarma, paradójicamente, a los camándulas que ya no tienen nada que perder...

LEOPOLDO BEJARANO.



—Puede que tenga razón Luisito. ¿Ya, para qué nos vamos a casar?

Dib. de Soler.

Esta semana se nos han caído las cuartillas de nuestro querido compañero Miguel Santos.



—¿Tú estás segura de que tu marido no te engaña con Juana?
—Cuando menos, estoy segura de que conmigo no puede demostrar que puede engañarme.

Dib. de Demetrio.



Cosas de Belorcio

Fritz sólo metió la pata

—Se astá moi mocha demasiada gente, carramba, que sa dise que esto que yo te va a gontar, le estufo susedido a ella; berro se están toros moi mocho ampusteros... Solamente a mí le ha astado susedido.

—¿De qué se trata, querido Fritz?

—¡Jal, ¡jal, ¡jal! Ferrás. Esto ma ocurrió antes de que mi bobresita esposa, la dulce Elsa, se ma ascapase con mi puen amigo Lowen...

—¿Tu buen amigo y se escapó con tu mujer?

—¡Bobresito! Elsa sa astaba moi mala de genio y sa gastaba excesivamente demasiado dinero, carramba, sí.

—¡Ah!, síguelo.

—Pueno; bues una tarde, yo folví a mi casa un boco mas demasiado pronto que se astaba a mi gostumbre; llamé en la puerta y no ma gontestó nadie...

—¡Caray!

—Sí; esto ma dije yo: ¡Garray! Y folví a llamar un boco más fuerte.

—¿Y nada?

—Nara; berro a la tercera llamada, ascuché el vos de mi amigo Müller que ma desía: "No te estés tan así de pesado, Fritz; güando no te aprimos es borque no buede ser, hombre".

—¿Te indignarías mucho?

—Sí, mocho. Yo ma di tres cabesadas al puerta que sa depieron de llefar un susto horrible. Y ma fui.

—¡Heroico gesto!

—Berro no ma fui así como así, no. ¡Ma fui al campo!

—¿A algún prado, quizá?

—Moi mocho más lejos, carramba. Salí andando, andando, hasta que se ma achó ansima de mí tora ella la noche.

—¿Y te perdiste?

—¿Quién te lo ha richo?

—Supongo yo.

—Ah, moi bien; bues sí: ma perdí en la selva. Antonses yo santí un poquito de miero y ma astuve andado hasia una lusesita que sa astaba lejos.

—¿Una casa?

—Sí; una gasa moi bastante bequeña. Yo llamé sobre su puerta y salió un bobresito capallero fiejo, que se tenía moi demasiado larga el barba. "Qué sa quierre osté?", ma breguntó. "Oh, carramba—le dije—, yo ma quiero dormir un boquito, borque yo ma estoy bastante perdido". "Se astá el caso —ma dijo él—, en que sólo se están

las camas justas, berro yo no buede dejar a usted a la selva. Base, base". Y basé. Antonses, güando nos estábamos metidos a la gasa, ma breguntó el capallero ansiano: ¿Con quién brefiere usted ser dormido? ¿Con BIRRACAS o conmigo?" Yo ma fui horrosado de dormir con BIRRACAS, que se estaría el perro o el mochacho boqueño, seguramente, y gontesté: "Yo brefiere dormir gon osté, señor". Y nos acostamos a la cama los dos.

Yo que me astaba moi mocho bastante cansado, ma dormí anseguida. Cuando ma desperté sa astaba de día toro él claro y ma ancontré que el capallero ansiano no sa astaba a la habitación.

Berro como yo ma tenía que lavar la carra, llamé con grandes voses... ¡Oh, carramba, güando sa abrió la buerta, qué hermosa mochacha, toda ella rubia y cordita, con todos sus ojos apiertos y su begueña boca sonreída, se antró a mi hapitasión!

—¡Hola!

—Antonses yo ma quodé mocho más tonto... E güando me fué fenido el gonosimiento, la bregunté: "¡oh, hermosa toda tú enterra fella niña!, ¿quién eres?" E con una fos dulce gomo un sospirro, ma dijo: "Yo ma estoy BIRRACAS, ¿e tú?" Antonses yo la dije: "¡Yo ma estoy el hombre más pestia de la tierra, maldito se está mi capallero badre...! ¡Jol, jol, jol, jol!

BELORCIO

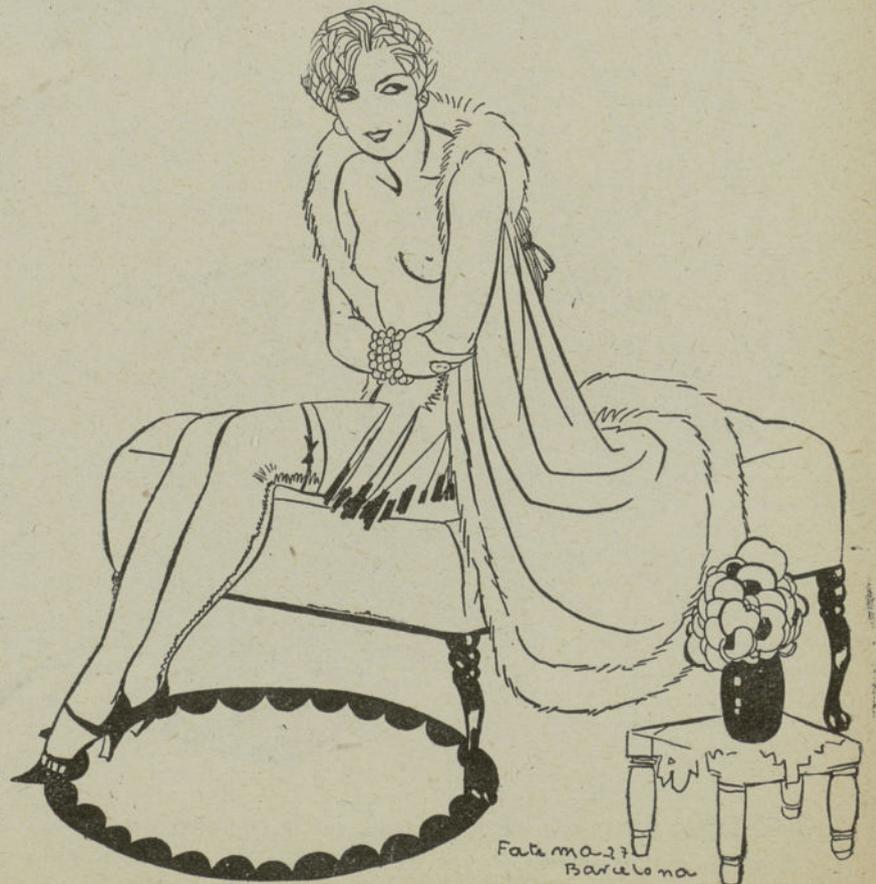
FOTOGRAFÍAS SELECTAS: RARAS

Hermeras colecciones

10 ptas. en sellos de Correo.

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)

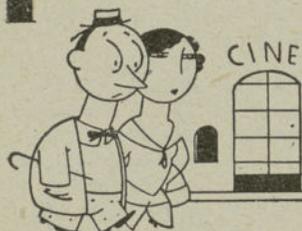


—¿Por qué la mayoría de los hombres no son ricos hasta que son viejos?

Dib. de FATIMA

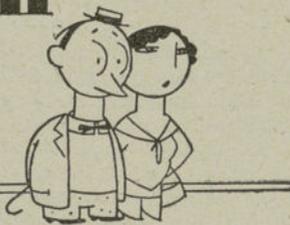
UN TRUCO, por Mihura

I



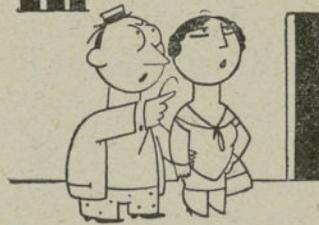
Quando usted no tenga plata para llevar a su novia al "cine" ni a ningún local acogedor...

II



Y quiera demostrarla su amor sincero y voluptuoso...

III



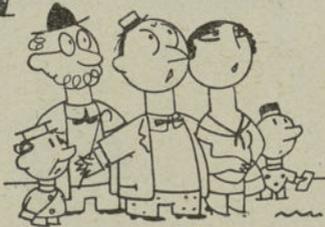
Se para usted en una calle céntrica...

IV



mira fijamente a un punto del infinito...

V



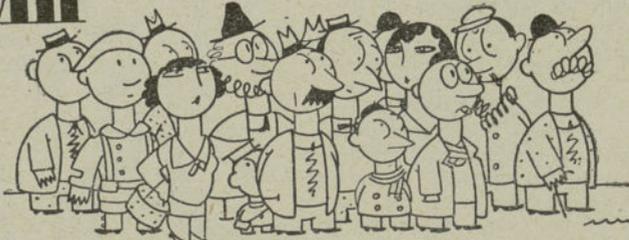
VI



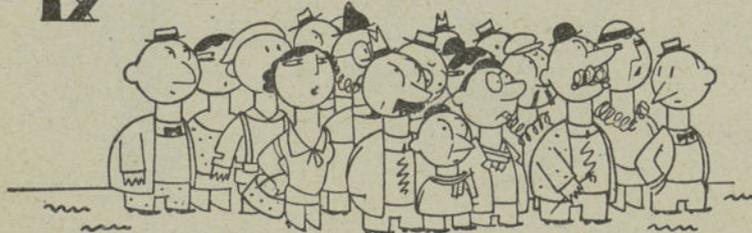
VII



VIII



IX



X



... y a los diez minutos y con un gasto nulo, como si se hubiese usted pasado la tarde en un reservado con cama turca.



Barcelona En Pyjama.

Crónica de Carnaval

La cuerda y honestísima ciudad condal bulle y fermenta con los bailes de máscaras. Los barceloneses, cuando se disponen a divertirse, son terribles. Saltan, gritan, fuman puros de 0,40, compran, entre catorce o quince, un saco de confetti para arrojarlo a las chicas guapas, si es que las hay, que no las hay siempre, pues con el antifaz, ¡le dan a uno cada mico! Esos catorce o quince chicos que han comprado un saco de confetti—les toca a puñado por barba—, se figuran ser unos terribles juerquistas, porque han ido al baile a molestar, a gritar, a saltar como los negros de las islas Hawai. Hasta es posible que bailen, si es que en el baile de máscaras encuentran alguna máscara.

A mí me han nombrado jurado de un baile de máscaras. Pero yo no pienso ir. Yo no voy ni a los bailes de máscaras ni a los entierros. Son actos que me entristecen profundamente. Son espectáculos que no le convienen en manera alguna a un humorista.

A esos bailes de máscaras de la honestísima y pudibunda Barcelona, acude una concurrencia selecta y distinguida por demás: las chicas de la "Mamá" con la mamá, que parece un dios tibetano, al frente; las chicas de la Pepita; las de la Angelita, devota de Marcelino Domingo; las de la Raquel; las de la Brígida, etcétera, etc. Esos etcéteras son substitutivos de infinidad de nombres, porque de mencionar todos los de tan distinguidas damas, esta crónica se convertiría en el cuento de nunca acabar.

Al entrar y verse rodeado de una tan selecta concurrencia, a uno le da cierto rubor el no tener cartilla.

Hay disfraces originalísimos: pierrrots, colombinas, bebés, chulas, damas Luis XV, caprichos—el traje de "capricho" consiste en no saber de qué va vestida la máscara que lo lleva—, Charlots, astrólogos.

Con Santiago Rusiñol, vimos un disfraz, cierta noche, que tenía gracia: el de una pobre chica que se había dis-

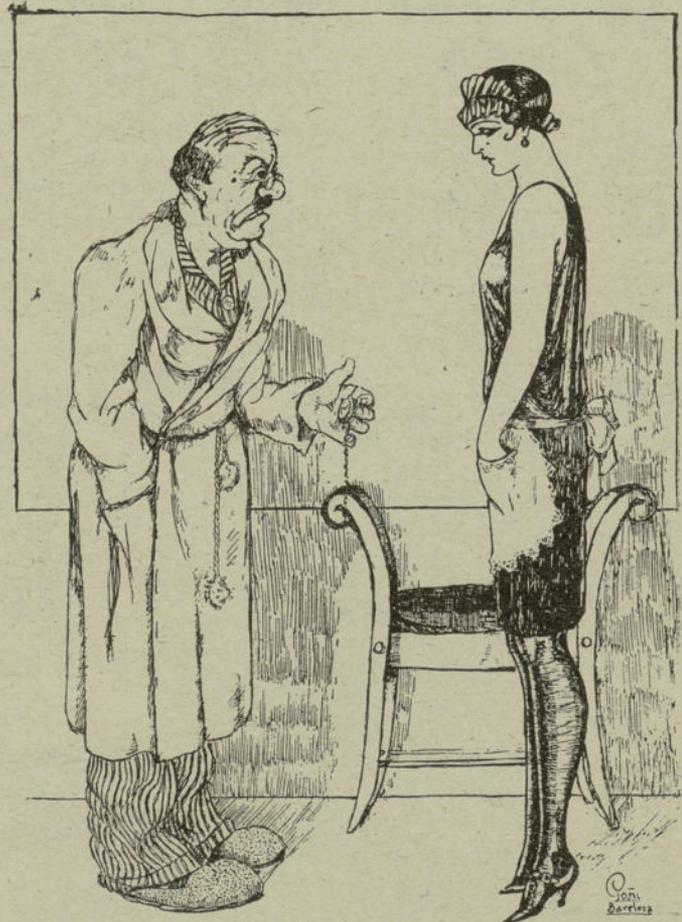
frazado de mar. El disfraz consistía en lo siguiente: una túnica azul, de un azul de mecánico. En la mitad inferior había pintadas unas olas. Mejor: unas olitas. En la parte superior, que era el cielo, unas nubes, y, sobre el seno izquierdo, la Luna: una Luna de relieve. En la parte de la túnica, representando el mar, la chica llevaba prendidas unas langostas y unas pescadillas auténticas.

La rúa es también una cosa divertidísima y de una distinción que quita la cabeza. Los coches, tripulados por lo mejor de la burguesía y la galantería barcelonesas, dan vueltas y más vueltas por el paseo de Gracia como en un tío vivo. Cada cinco minutos se oye una risa. Cada diez, una exclamación de alegría. De cuando en cuando, salta la cinta rosa de una serpentina. De cuando en cuando, llueve un puñadito de confetti azul. Cada media hora se tiran ramitos de violetas desde unos coches a otros.

—¡Qué derroche de flores!—exclaman los mirones de las aceras, que asisten al desfile, maravillados de un lujo tan asiático.

Pero se ha averiguado que el ramito de violetas es siempre el mismo y lo pagan a escote todos los concurrentes a la rúa. Si en vez de en un coche cae al suelo, un guardia lo recoge, lo compone un poco y lo entrega nuevamente a los juerquistas.

LUIS CAPDEVILA



DONCELLA NUEVA O LA DESGRACIA IRREPARABLE, por Goni.

El.—A las cinco de la madrugada, entre a despertarme, porque tengo que salir de viaje.

Ella.—Está bien, señor. Pero me voy a acostar vestida para...

El.—¡No seas tontinal! Acuéstate desnuda y entra a despertarme desnuda, si quieres, porque a mí, desde hace cuatro años... ¡Maldita sea mi estampa!

Diccionario de COSQUILLAS

A

CONTINUACIÓN

ARO.—Lugar por donde pasan muchos maridos que ven alejarse para siempre las hermosas y abundantes cabelleras de sus cónyuges.

AMO.—Paulino Uzcudun.

ARPA.—Abreviatura de "arparador"; mueble que no debe faltar en ningún comedor de buen gusto. Ente mitológica, de la cual dependen casi todos los "gachós".

ASTAS.—Las hay kilométricas. Pren-

da de cabeza para ambos sexos, que está en moda desde los tiempos de papá Adán y mamá Eva. Hay quien no puede soportarlas, sin embargo, y se marea cuando las ve. Como, por ejemplo, Chicuelo.

AMÉRICA.—Una señora "chipén" de "casa" muy formal, que lo hace "todo" muy bien si no se le paga mal. (Adivínalo si puedes).

ANSIA.—Lo que sentimos de doce de la noche para arriba cuando, haciéndonos el "longui", apresuramos el paso hacia la calle Peligros.

ANSIOSO.—Un semental.

AMERICANA.—Cosa que no se debe dejar

olvidada en casa de "ella", porque se corre el peligro de que el marido la descubra y... se la apropie.

ANTRO.—(Consúltese al sereno.)

ANCA.—Una cosa que se mastica y se chupa y se come... Sobre todo, si pertenece a una "propietaria" que "menda" conoce.

ANTONIA.—Mi patrona; pero hay que anteponerle un *doña* como un autobús, porque está algo maniática y, a lo mejor, se empeña en que le pague la cuenta.

ALBERTO PÉREZ GARCÍA

(Continuará.)

UNA OPINION VELADA, por Picó.

—Figúrate que se enfadó porque yo no quiero desprenderme de mi perrito...

—No veo que sea un motivo grande... ¡Vamos que... todo lo más... Sí; hasta cierto punto... ¿Comprendes?...



Ideas nuevas

Utilización industrial
de la fuerza del amor

Nada hay tan absurdo y contradictorio como el amor, y, sin embargo, todo el mundo está de acuerdo con Campoamor en que es lo mejor que existe; todo el mundo, menos Rafael Bermejo. Bien es verdad que mi amigo dice que no es él quien piensa al revés que los demás, sino los demás los que piensan al revés que él. Que no es lo mismo.

Rafael Bermejo comprende que un hombre pueda amar simultáneamente a varias mujeres, pero no comprende por qué se han de molestar las interesadas cuando se descubre aquella simultaneidad, y menos aún se le alcanza la razón del porqué su amante acepta la existencia del marido, y, en cambio, la recíproca levanta tempestades de celos que suelen resolverse en esa cosa de tan mal gusto que se llama crimen pasional.

Mi amigo, que en aquella época acababa de terminar la carrera de ingeniero industrial, y que, además de Euclides había leído a Montaigne, sabía que "el corazón tiene razones que la razón no conoce"; pero, después de mucho cavilar, concluyó que la frase del pensador francés no era más que una pirueta gramatical, como casi todas las frases de casi todos los filósofos, desde Aristóteles hasta el superelegante don José Ortega y Gasset.

Mi amigo comprende toda la grotesquez de la pasión amorosa, porque no ignora que muchos hombres han roto su vida cegados por la luz de unas pupilas de mujer y sabe que una boca de rosa ha sido la causa eficiente de un fracaso científico, de donde ha deducido que el amor es una fuerza colosal, pero inutilizada, una fuerza infecunda, y ha pensado que así como la industria ha dominado muchas fuerzas naturales utilizándolas en provecho de la Humanidad, también podría tener un gran depósito de energía en la fuerza del amor.

Todo consiste en una pequeña transformación, y así como el agua que mueve una turbina se convierte en electricidad, la misteriosa fuerza de atracción que unos ojos femeninos ejercen sobre un corazón de hombre, podría, mediante un adecuado aparato receptor convertirse en calor, en luz o en electricidad.

Aparte de las innegables ventajas industriales que tendría una fábrica de productos amorosos, desaparecería del planeta el corrosivo morbo de los ce-

los y viviríamos tranquilos, toda vez que cuando experimentásemos el desasosiego de un amor imposible y nuestro corazón fuera ya un acumulador amoroso a alta tensión, acudiríamos a la fábrica para que nos descargara.

Claro está que la fábrica nos pagaría esta descarga amorosa con arreglo a una tarifa a tanto la unidad de fuerza.

Estas ideas, un poco extravagantes, fueron cristalizando en el cerebro de Rafael Bermejo, a quienes todos sus amigos calificábamos de "mochales", y a quien vimos enflaquecer rápidamente e ir perdiendo su armónica línea de mozo de veinticinco años. Su carácter franco y abierto, se hizo taciturno, y sus participaciones en nuestra tertulia fueron cada vez más espaciadas. Indudablemente, Rafael trabajaba en el invento del aparato que permitiera la utilización industrial del amor; pero siempre que se lo recordábamos, se ponía fuera de sí, nos trataba de majaderos y se marchaba furioso. Todos llegamos a temer por su salud y estábamos de acuerdo en que Rafael acabaría en una casa de orates.

Una noche—hacia ya más de un mes que Bermejo no iba al café donde nos reuníamos—llegó Antonio Vicuña—otro de nuestros contertulios—, todo desencajado, pálido, nervioso.

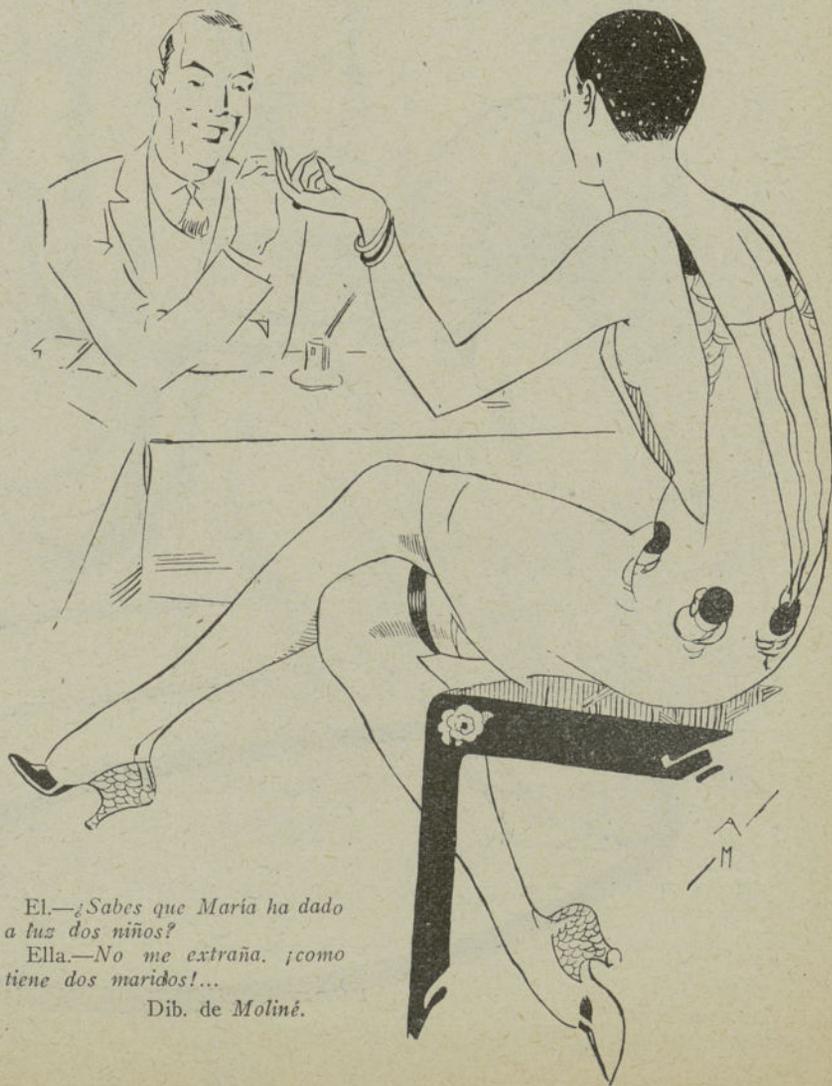
Y al preguntarle el motivo de su desasosiego, me dijo que Rafael se acababa de suicidar, luego de haber asesinado a la criada de la casa de huéspedes en que vivía.

Durante el tiempo que estuvo ausente de nuestra tertulia, Bermejo había conseguido construir su transformador amoroso, y, al hacer una prueba objetiva—se dice así, amigo "Incórdiez"?—sucumbió ante los encantos, no muy limpios por cierto, de la "menegilda".

Como esto era el derrumbamiento más ridículo de sus teorías, en un momento de desesperación creyó que lo mejor que podía hacer era pegarse un tiro. Y lo puso en práctica, llevándose por delante a la causa de su fracaso.

Decididamente, mi amigo Rafael Bermejo, además de loco, era un idiota.

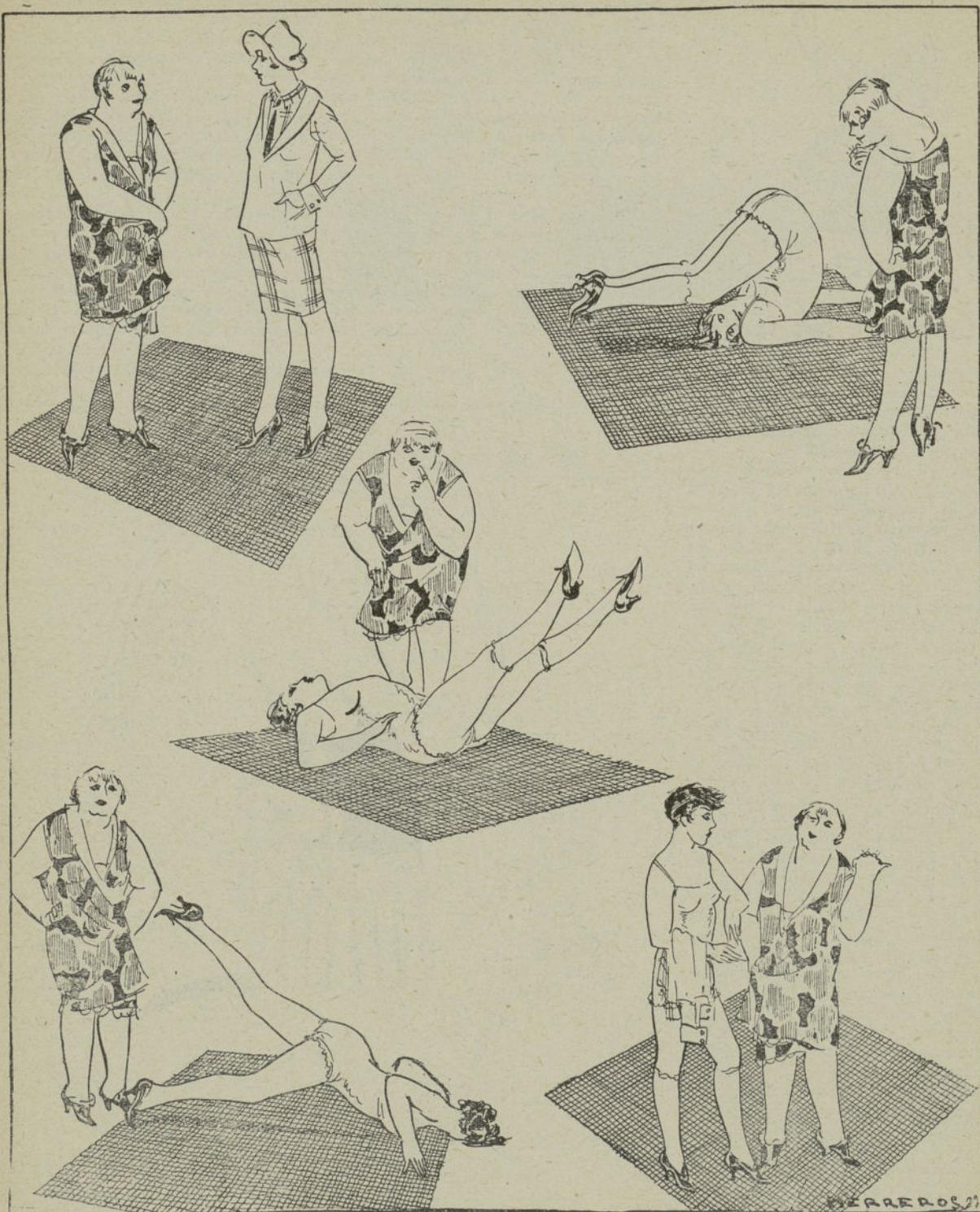
LEANDRO



El.—¿Sabes que María ha dado a luz dos niños?

Ella.—No me extraña. ¡como tiene dos maridos!...

Dib. de Moliné.



FILIGRANAS, por Ferreros.

—¿Es aquí donde hace falta una profesora de gimnasia?

—Sí señorita, y le advierto que voy a ser un poco exigente... perdone, pero ¡si usted supiese las exigencias que se oyen en esta casa!

—Entonces voy hacer unas demostraciones...

—Bueno, usted me conviene, haga el favor de pasar al salón, que ahora irán las niñas.



Charlas de Incórdiez

Me pongo de mal humor al ver la importancia que pierden las mujeres. Voy a ver si me explico lo suficientemente claro, que requiere el importante asunto que voy a desmenuzar hoy.

Sería una salvajada y más que una salvajada, una *mariposada*, el creer al pie de la letra eso de que *las mujeres pierden importancia*. No es que pierdan importancia, no; es que ya abundan las bellas o las sugestivamente ataviadas de tal manera, que del incesante desfile, de la abundancia de señoras que merecen nuestra inquisitorial requisa, salimos los tíos con un mareo y unas ganas de marcharnos del planeta, que parece aburrimiento y hartura, lo que es en realidad atolondramiento y desazón.

La otra noche fui al "Palacio de la Música" (en el que no hay música, sino *cine*), con la sana intención de ver las películas, apartándome de toda contemplación femenina fuera de la pantalla. Pero ¡zumo de vaca! Antes de penetrar en el lujoso y pistonudo edificio; cuando leía los carteles fijados a la entrada, no tuve más remedio que ver las mujeres que iban entrando y, ¡maldito sea mi cuerpo, y cuándo voy a dejar de ser caliginoso! Esa noche parecía que todas las casadas guapas se habían propuesto hacer pecar a cuantos hombres las viesen. Los maridos de las tías riquísimas a que me refiero iban más que corridos, aterrorizados; los verdaderamente corridos éramos los viandantes solteros que teníamos que repartir nuestra atención, multiplicándola de aquella cara de gitanaza a aquellas piernas lucidas hasta por encima de la rodilla; y de aquella terminación de espalda descaradamente de relieve por lo ajustado del abrigo a la gachona manera de andar de aquella del marido chiquitín.

Aquella noche le tocó a mi atención no trabajar más que con casadas de treinta años para arriba. ¡Y, desde luego, que fué para arriba y como nunca!

Antes, y por elegantes y costosos que fueran los trajes de las mujeres y su gentil porte, cuando asistíamos a un espectáculo nocturno, veíamos la *media docena de mujeres de categoría* de aquella noche. Pero, ahora, ¡que si quieres langostinos con mayonesa, Catalina! Se

da el caso mío del "Palacio de la Música", que vi entrar unas treinta mujeres, al parecer, casadas, mayores de treinta años de edad, y la que menos, era de *eso de pato*. Claro está que entraron muchas más mujeres bonitas más jóvenes; pero quiero referirme a esa clase de mujeres que antes pasaban desapercibidas como no fueran bellas y juncales como diosas. De esas mujeres que tenían que ocultar sus bellezas en severos trajes y amplios abrigos, que las desdibujaban para el público y que las reservaban solamente para el esposo, que era el único que podía regodearse con la línea de la cadera de su mujer. Esas mujeres, en plena madurez, que cuando están bien formadas son el desbordamiento sideral de la quintuple masada y un poco de congosto.

De esas mujeres, digo, que tienen

manzana y que tenían pera. (No sé si me habré explicado atinada y diáfana-mente).

En la disposición de ánimo que pueden ustedes fantasearse, penetré en el suntuoso patio de butacas, llevado a la mía por un solícito acomodador que me colocó un programa, por el que le di un cuproniquel, donación que me valió su desprecio. Apenas sentado entró otro matrimonio y si las casadas que había visto entrar y que ya estaban acomodadas en sus localidades eran como para hacer saltar los botones, esta que pasó tras de su marido y que me rozó con unas rodillas carnosas que me hicieron mirar a la cúpula del salón, era como para gastar la pólvora en salvas sin recatarse de la gente.

Debí parecerle al marido un ente raquítico y despreciable porque permitió



—¡Estoy dispuesta a hacer una ferrería!

Dib. de Santaballa.

que la bestiaza de su mujer se sentara a mi lado, lo que hizo ella montando una pierna sobre otra, quedando su pié izquierdo a la altura de mis rodillas y casi rozándolas. ¡Qué pierna y qué pie, calzado como para un concurso de zapatería! Luego se sacó los brazos del abrigo de piel, que cayó en el respaldo de la butaca, y a la vista de aquel brazo ya no pude contenerme, y mirando hacia otro lado, pero inclinándome hacia ella, murmuré: "señora, maldita sea su padre!" (rigurosamente exacto). La bella mujer puso una cara de espanto y se hizo un lío al contestar al marido que le preguntó qué le pasaba.

Yo me quedé tan satisfecho, de momento, pero aun no habían transcurrido tres minutos, cuando se sentaba a mi derecha, otra leona que borró a la maldita de la izquierda. ¡Cómo olía aquella mujer, que lo primero que hizo fué despojarse del abrigo y quedarse... ¿Ustedes han visto la portada de COSQUILLAS del número pasado, verdad? Pues igual que esa gachí, pero sin el abrigo. Puesta de pie se estiró, sacando el pecho, miró desafiadora a los circundantes, me anonadó a mí con una mirada despectiva y se sentó, cruzando las piernas como la otra, con lo que pareció quedar desnuda del todo. Yo estaba cohibido y muy extrañado de que nadie se tirara a moderlas sin pedir permiso a los maridos, ¿sería posible que a aquella señora y al moderno de su esposo le pareciera inmoral la revista, que yo tan dignamente dirijo? ¿Por



—¡Rediez, que par de tías! ¡Si fuán asi las pelandruscas de mi pueblo...!

Dib. de MONTERO BOSCH.

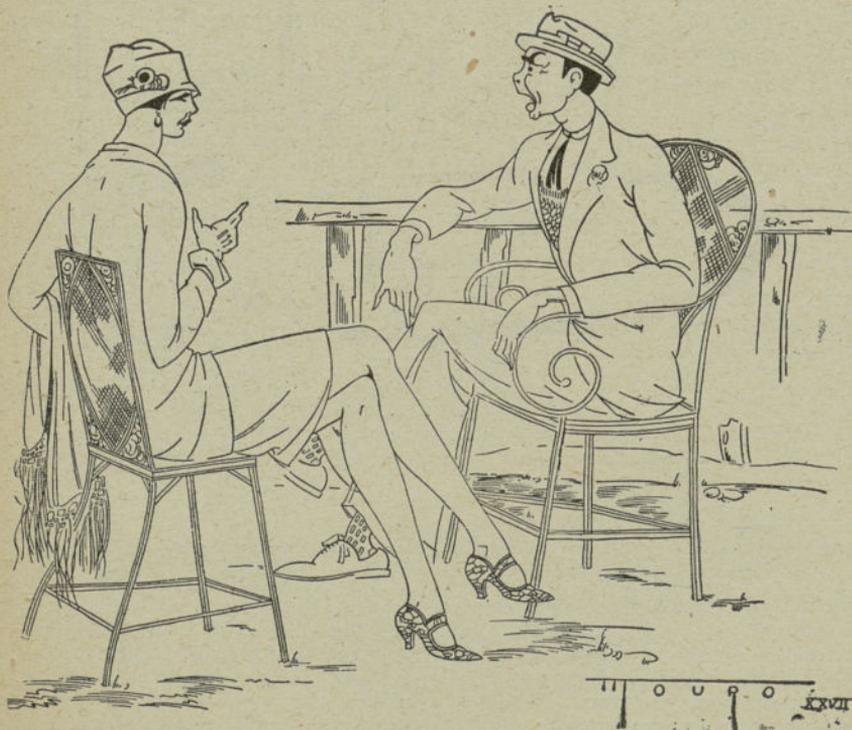
qué no recogían los señores agentes de la policía aquella hermosa pornografía de señora?

Yo tengo la seguridad de que los

señores censores habrían pasado el lápiz rojo por toda la figura, sin dejarse el menor recoveco, resquicio o pliegue. Y tremante de indignación por la irritante desigualdad en que me coloca el momento actual que me prohíbe embellecer las planas de mi periódico con las efigies de esas señoras, que todos tenemos que respetar en la calle, juré vengarme de la sinrazón. Y, al empezar la primera película, en la penumbra, pero casi rozando a las dos bellas, empecé a murmurar: "¡yo me vengo de esta injusticia! ¡Vaya si me vengo de esto!"

Y antes de terminarse la película y que se hiciera la luz, ya me había vengado.

Vuestro hasta el suspiro entrecortado.
INCÓRDIEZ



FACIL REMEDIO, por Moura.

El.—¡Pero tú te has creído que voy a consentir que retoces en el sofá con todos mis amigos?

Ella.—¡Pues no echas la llave a la puerta de la alcoba cuando te vas a la calle!

DE TEATROS

Novedades.—El hada del frío

Con este título se estrenó noches pasadas en el popular coliseo de la calle de Toledo, una humorada en un acto, música de los maestros Julio Torcal y M. Bertrán Reyna, libro del Sr. López Núñez.

La obra, que es un pretexto para que los músicos luzcan su musa alegre, fácil y castiza, lo consiguió plenamente. Los compositores han hecho una partitura extensa, en la que sobresalen un vibrante pasacalle que se repitió cuatro veces: un castizo schotis, que también fué bisado, como lo fueron el terceto de las medidas, el bailable americano, la canción del cigarrillo y los cuplets del dinero.

Los exquisitos del amor

¡La hora del amor! He aquí una de las fases más complejas de nuestra existencia y, en particular, de la existencia de algunos.

Para muchos, la hora del amor—esa hora que se ha dado en denominar así cuando a lo sumo podía llamársela el amor por horas—es una cosa del momento y, sobre todo, de cualquier momento. Para acoplarse a ella les basta con que la ocasión se les presente a tiro donde sea y como sea; la cuestión es atraparla.

En cambio, para otros, la hora de ese amor tiene que ser la hora fija, exacta, pensada y premeditada con alevosía o, de lo contrario, renunciar a ella.

Estos son los que podíamos llamar los exquisitos.

Yo tengo un amigo, superexquisito del amor, el cual caerá un día en la tentación del suicidio, agobiado por el peso diabólico de esa exquisitez.

Mi amigo es lo que se llama un real tipo de hombre. Pero no un hombre que de guapo resulta afeminado, sino un tipo bien, recio, elegante, simpático y con todos los pronunciamientos favorables para llevarse las mujeres de calle.

Esto hace que más de cuatro estén locas por sus pedazos, y se insinúan con suspiros y miradas lánguidas propicias a la claudicación; detalles éstos que mi amigo no quiere desaprovechar nunca, porque le gustan un rato largo las señoras.

Pero como vive esclavo de su exquisitez, he aquí por qué de cada cien propicias aprovecha una y gracias.

Lo primero que mi amigo hace en cuanto una socia se le insinúa, es pasarla una minuciosa revista moral y material. Entiende que, aun para platicar a oscuras en dos arrobas de lana, el refinamiento total es cosa indispensable, y no se conforma así como así con una socia que esté muy bien puesta de formas y a la hora de suspirar por entregas no lo haga con la misma corrección que si estuviese representando "La dama de las camelias". Cuando se ha convencido que la socia une a un cuerpo apetitoso una delicadeza de porcelana de Sevres y que es un modelo de higiene, limpieza, modales y corrección superterrenas, se insinúa complacido y concierta con ella una entrevista interna en el lugar apropiado y señalado de antemano.

Y allí empieza la odisea de mi amigo. La mañana de aquella tarde—mi amigo sólo ama de seis a siete—se levanta a las diez, toma un amplísimo baño



—Dicen que el marido la sorprendió en el baile.

—Sí. ¡Pero hay que ver cómo la sorprendió...; tuvo que arrancarle a tirones al caballero que estaba con ella!

Dib. de Picó.

que le deja como el alabastro, emplea encima dos frascos de colonia, se rasura cuidadosamente, se rapa las uñas hasta la raíz y se plancha el pelo como para resistir un vendaval.

Luego se viste interiormente de limpio, pero de un limpio impecable; se pone un traje recién planchado, un cuello que embebe dos pesetas de almofón y, ¡al cabo de cuatro horas, da por terminada la toilette.

Después come, pero no una comida

vulgar, ¡nada de eso! Un hombre que se prepara para el amor no puede comer judías, ni comer rábanos, ni cosas así, que le expondrían a ventosear u oler poco poéticamente. Se toma un ponche, se limpia cuidadosamente la boca y, ¡al fin!, se lanza al amor, satisfecho.

Se presenta en el café media hora antes de la cita, y su primer cuidado es ponerse fuera del alcance del camarero que puede salpicarle el traje sos-

pechosamente al servirle, y, después, se sienta, cuidando de subirse bien el pantalón para que no se le hagan rodilleras.

Luego, toma el café a pequeños sorbos, hecho un aro para distanciar el vaso de su cuerpo, y así, llega la hora de la cita. Pero cuando ésta toca a su fin, mi amigo empieza a inquietarse enormemente.

Lleva mucho rato sentado; en aquel local hace algo de calor. El cuello parece que se reblandece y pierde su meticulosa tersura. La ropa interior se le pega al cuerpo de un modo alarmante... ¡Sí..., aquello es horrible!

Se levanta nervioso. Efectivamente, el pantalón se encuentra algo arrugado de cruzar una pierna sobre otra; además, el calzoncillo, por la presión, se ha ajustado demasiado a su dorso y lo nota pegado precisamente en aquella parte, en que su cuerpo amenaza partirse en dos, sin pasar de la amenaza.

¡Ah! Aquello es desesperante; mi amigo se figura marcada la huella de la canal en la albura del calzoncillo en una raya agujereada en el centro; el café se le agría en el estómago y nota unas acideces alarmantes; se empieza a ver ridículo en una deshabillé; tras una duda angustiosa, se levanta, paga, consulta el reloj y toma una decisión heroica: la de irse a mudar de ropa interior aprovechando los momentos que faltan para la cita.

Como loco, toma un taxi..., corre a su casa..., efectúa la operación y, tras tomarse un sidral que contrarreste las acideces de estómago, vuelve al lugar de la cita.

Han pasado diez minutos... ¡Bah! Ella no habrá sido tan puntual... Pero pasa el tiempo..., transcurre un cuarto de hora..., media..., una... Al cabo, se convence de que ha llegado tarde y, con la desesperación del ridículo, se retira.

Al día siguiente, ya se sabe. Recibe una iracunda misiva en la que, sobre poco más o menos, le dicen: Es usted un fachendoso, un grosero y un... cualquier cosa. Cuando se cita a una mujer es para no hacer el ridículo y acudir donde acuden los hombres; lo que usted ha hecho, además de ser una grosería, es... otra cosa que me callo, pero que no le honra.

Y mi pobre amigo, además de tener que sufrir el bochorno, sin derecho a la réplica, ha de pasar por la desesperación de haber perdido la hora del amor.

¡Y todo, por superexquisito!

FIDEL PRADO

ENTREMESES

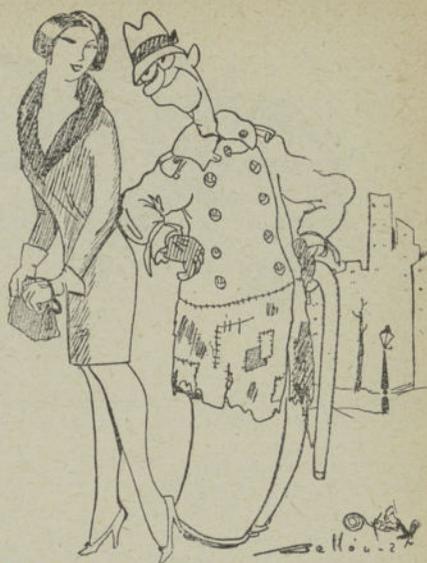
Además de cortarse el pelo a lo *garçon* y usar chanchullo hay otras costumbres idiotas. Y es que la Humanidad tiene debiidades como para hincharse de aceite de hígado de bacalao.

Una de las costumbres de una memez contumaz son las tertulias de café. Y entre ellas hay dos de la categoría de las recalcitrantes; la primera, quizá la morbosa por sufragio universal, la literaria... ¿ustedes no han asistido a ninguna? ¡Enhorabuena cordial!

Es preferible el arsénico.

Otra de las tertulias que baten el *record* es la de señoras viudas que en un céntrico café madrileño se reúnen todas las tardes.

Estas pobres damas sin duda



Ella.—No niego que voyas elegante, pero no tienes una gorda.

El.—¡Es que tú eres muy exigente! Porque yo..., ¡vamos!..., no hago el ridículo.

Dib. de BELLÓN.

echan de menos al esposo y no saben a quién mortificar y por eso hallan una pequeña compensación en hacer la santísima al pobre mozo de café, al que después de traerle de zarandillo se *estiran* dándole una propina de cero cinco por cabeza (¡y son cuatro!).

Pero hay mozos de café con alma de saetre y no aguantan chinchorrerías. De uno de ellos es la frasecita ocurrente que voy a mencionarnos.

Ocurrió que al citaño café llegaron una tarde de estío sudorosas, jadeantes las cuatro damas. Requerieron la presencia del mozo, que de mala gana y suspirando paciente se dispuso al sacrificio:

—¿Qué va a ser?

—¡Ay!—exclamó doña Exuperia—traígame un vaso de leche helada...

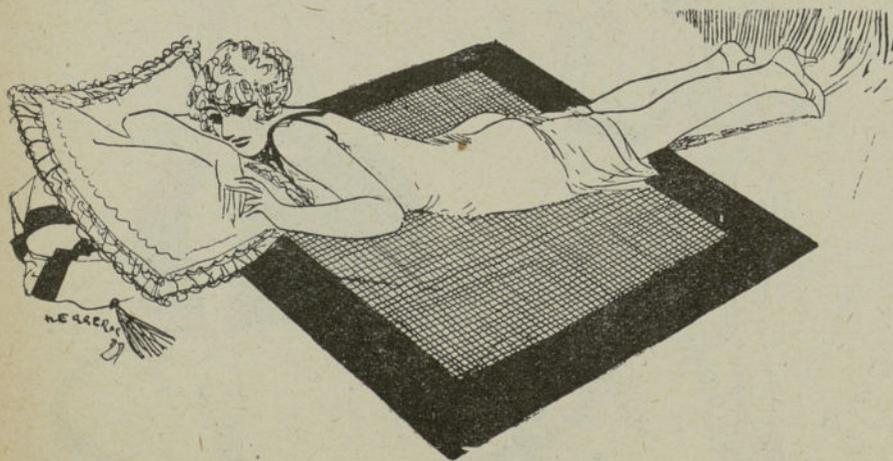
—Y a mí—dijo doña Emerenciana—uno de leche merengada...

—¡Qué horror, sudando como estáis!—gritó asustada doña Asteria.—¡A mí leche caliente!

Y sin poderse aguantar el mozo dirigióse a la cuarta dama y con rabia mal contenida la interrogó:

—Y usted señora, ¿qué jugo lácteo anhela?

MIGUEL ANGEL DE PEREDA



TERRIBLE ANGUSTIA, por Herreros.

¡Dios mío, será verdad que mi marido sospecha de que cuando salgo voy a ver a Luis? ¡Sería espantoso que se hubiera enterado... y que no me deje salir más!



Cuentos al oído

SU MUSA

Los críticos andaban un poco divididos en lo que se refería a la clasificación de González como poeta. No sabían a punto fijo en qué orden de poetas encasillarlo. Todos, sin embargo, estaban conformes en que sobre su obra se cernía la sombra encantadora de una mujer. Mujer divina, complicada y sencilla a un tiempo; mujer ángel a ratos, diablesa en ocasiones; mujer que sabía del cielo y de la tierra a un tiempo.

González, la había cantado sin tasa. En sus versos se aparecía su figura sin velos ni nubes que disimularan su faz. Todos la conocían al través de sus estrofas. Era morena. Andaba con andar de diosa. Le temblaba en los labios grosezuelos una perpetua sonrisa; le vibraba en la garganta ambarina una voz fluida, suave, musical. Bajo las telas finas, de que casi siempre iba vestida, su cuerpo se movía esbelto, quebrando sus líneas con una gracia sobrehumana. Sus breves pies, sus manos traslúcidas y las hogueras de sus ojos, eran únicos en el mundo. Y esta mujer no poseía ningún hieratismo de ídolo, sino que sentía, padecía y gozaba con una intensidad calcinadora. Venía, desde luego, a hacer veraz aquel verso famoso de Rubén Darío, cuando dice:

“La mejor musa es de carne y hueso...”

Todos los amigos de González—y los enemigos, más todavía—le envidiaban aquella musa y deseaban conocerla afanosamente. Nadie, sin embargo, alcanzó tan gran ventura. González vivía en un hotelito de la Ciudad Lineal. Jamás penetró nadie en él. Pasado el umbral de su puerta orinienta y quejumbrosa, comenzaba el misterio, un misterio impenetrable y absoluto.

A mí me tentaron siempre todos los misterios. Lo oculto ejerce sobre mi voluntad una atracción irreprimible. No pude, por consiguiente, resistir al deseo de esclarecer el que rodeaba a la musa de González, y una noche veraniega, salté las tapias de su hotel para conseguirlo. —Debo advertir, antes de continuar, que, cuando apelé a este extremo, ya había agotado previamente todos los medios lícitos para lograrlo—. Avancé, pues, cautelosamente como un ladrón, jardín

adelante y llegué al pie de una amplia ventana, que correspondía al despacho del vate famoso. Nadie me vió y, para que siguiese mi incógnito, me agazapé entre una tupida madreSelva, que orlabla la ventana con un amplio y perfumado festón. González, sentado a la mesa, trabajaba. Ya esto me emocionó un poco. Hallarme así, de súbito, frente al laboratorio donde se elaboraban aquellos poemas inmortales, me colmó de de turbación. ¡Y, luego, el aspecto de González!... La luz daba de lleno en su rostro, un poco seco; su mano derecha se posaba sobre una cuartilla in-

maculada; su mano izquierda se engarfiaba entre sus crespos cabellos, afianzándose sobre el cráneo en tensión; y sus ojos, vagos, imprecisos, miraban sin saber a dónde durante un buen trecho. Luego, de pronto, su pluma corria sobre el papel anhelosa, como temiendo que, por falta de tiempo, se le escapase alguna idea, algún consonante, alguna imagen peregrina...

Aquella noche, sin embargo, la inspiración respondía mal a las llamadas de González. A los pocos momentos de estar yo de observador, el poeta arrugó nerviosamente una cuartilla emborronada y la arrojó por la ventana. La recogí y pude leer en mi escondrijo unos versos que, traducidos en prosa, venían a decir poco más o menos:

“Noche estiva. Calma. Quietud. La naturaleza agita pausadamente el incensario de sus aromas. Mi cuarto de trabajo está solitario. Brillaban en la penumbra las tejuelos de los libros, los cristales y los marcos de los cuadros. Sé, amada mía, que andas cerca de mí. Suenan tus piecitos en la habitación inmediata, con un ritmo leve, alado, grácil, como si te empujara una melodía de Albéniz, de Granados, hacia mis brazos. El cariño tiende entre los dos un puente de deseos... ¡Oh! Siento un ansia loca de verte sentada en mis rodillas, ceñidos tus brazos marfileños alrededor



—¿Pero no verá mal la gente que estemos solas en un palco del cine?
—No lo verán ni bien ni mal porque correremos las cortinas.

de mi garganta, casi estrangulado por ellos. Porque eres, amada mía, vehementemente, impulsiva, exterminadora... Porque tus ojos trágicos se aguzan, semejantes a las lindas puntas de unos puñales que gozasen al herir..."

González, a poco, lanzó hasta mis pies una nueva cuartilla, que tampoco le había gustado, sin duda alguna. Decía así:

"Tengo fijas, obstinadamente, mis pupilas en la *chaise-longue* que hay en mi despacho. Te espera como te espero yo. Ocupala lo mismo que tantas veces. Tiende sobre ella tu cuerpo de diosa. Toda tú, amada mía, eres hermosa. Tu crencha es semejante al brazo desvaído de la noche. En la luna morena, aculotada por los besos del sol, de tu frente, corren fugitivas las ideas subrayadas por los trazos curvos de tus cejas. Es tu boca un manantial donde se sacia mi sed de besos, flor en capullo que se despliega bajo mis caricias, sima rosada donde acechan tus dientecillos fieros y mordedores... Cuando enarcas tu busto, abren suavemente sus colinas gemeñas tus senos adorables, hechos de anémonas desleídas. Y se hunde tu vientre y se desmayan lánguidas tus piernas y aleltean trémulos, agoniosos, tus pies... ¡Ay! La *chaise-longue* se puebla para mí de visiones voluptuosas. Juegos de amor, inacabables..."

Seguí observando a González desde mi escondrijo. El poeta, caído un oscuro mechón de cabellos sobre la frente, inclinado el cuerpo sobre la mesa, tornó a escribir; pero, transcurridos unos instantes, echóse para atrás, inclinó la cabeza sobre el pecho, dejó caer sus brazos e hizo un gesto de desaliento enorme. En seguida, una tercera cuartilla voló hacia mí, trazada de este modo:

"Tú, musa mía adorable, eres un secreto para el mundo. Sólo existes para mí. La gente, anhelosa, trata de violar mi secreto. Quiere conocer a la que me inspira tantas páginas admirables. ¡En vano! Jardín murado, huerto cercado, fuente sellada, todo eso eres, amada mía, para la curiosidad del vulgo. No hay ojos dignos de mirarte. Conténtense los profanos con verte viva en mis estrofas. Únicamente yo he de gozarte siempre. Cuando me encuentro en tu presencia, noto una sensación extraña. Parece que me desdoble en dos personalidades distintas. Es una, la que se te acerca temblando, la que no quisiera tocarte por temor a que te desvanecieses. Es la otra, la que te apretuja entre sus brazos, la que te besa, la que te enardece con sus caricias, la que te contagia de su carnal locura, la que, a zarpazos, a dentelladas, te lleva hasta el deliquio aniquilador... ¡Oh, musa mía, vestida de mis hechizos..."

González, a la sazón, no daba paz a la mano. Parecía, al fin, bajo los efectos de la inspiración. Llenó una cuartilla, otra y otra... De vez en cuando, se detenía y leía en voz baja, llevando con ambas manos el compás de los versos. Disponíase ya a comenzar la quin-

ta cuartilla, cuando de súbito, una nueva frontera se abrió violentamente. Apareció en ella una mujer desgraciada, gordona, bizca, mal veladas las adiposidades de su corpachón, llevando pendiente de la mano izquierda y abierto hasta arrastrar por el suelo, un periódico. Plantóse en jarras frente a González y le increpó con una voz bronca:

—¡Hala, hombre, a acostarse!

González, sobrecogido, le contestó:

—Ya voy, mujer, ya voy... Déjame acabar y en seguida soy contigo. ¡Te estoy cantando!... ¡Una prórroga, una breve prórroga!...

—No hay prórroga que valga. Corre

el contador, se gasta luz y, además, yo, vidita, me impaciento en el lecho... ¡Es tan triste la soledad!...

Vi a punto de derretirse aquella masa mantecosa en los brazos del exquísito poeta y no pude resistir más la crudeza del desengaño...

¡Oh, González! ¡Maldito, aborrecido González! Le odio cordialmente. Por él perdí la fe en cuantos poetas existieron y existen en el mundo. Apenas cualquiera de ellos me habla de su musa, he de ver forzosamente a la señora de González... Y me suenan todos a falso...

JOSÉ A. LUENGO



LOS VIEJOS QUE TODAVIA..., por Bellón.

—¡Vaya con el viejo! ¡Pues no dice que yo soy un específico muy bueno para el pecho!...

Divagaciones en el alero

Andan por ahí predicando la conveniencia de acabar con el pantalón largo. Se trata de volver al antiguo calzón, bien ajustado a la rodilla, que, en opinión de muchos, es menos antiestético que estos tubos—chanchullos o no chanchullos—, que uno lleva cubriendo pudorosamente sus extremidades inferiores.

Un periódico español ha votado en contra. Cree que el ritmo de la vida moderna no permite perder mucho tiempo en vestirse—ni en desnudarse, agregamos nosotros—, y que los pantalones de nuestros días son de extraordinaria comodidad para el atavío masculino.

Esto pudiera ser una razón atendible si se demostrara que uno tiene algo urgente que hacer sobre el planeta. En realidad, lo mismo da emplear la vida en ajustarse los calzones que en medir madapolán, o en llevar un libro de cuentas corrientes. Sin embargo, creemos que el hombre—a pesar de todo—no está en plan de hacerse una toilette tan complicada como la del siglo XVIII. Ni el hombre ni la mujer.

Esto es lo que no han visto los que se oponen a la reforma: que no se trata de volver al pasado. Se trata de avanzar en el camino de la síntesis, lo que si urge al hombre, también interesa a la mujer. Para demostrar esto último, nos basta con citar la frase que, con una sonrisa, puso Anatole France en boca de la señora de Gromance:

—¡Qué dificultad aquellos peinados tan complicados cuando hiciesen citas!

Lo que se persigue, pues, es simplificar. Y de paso, borrar diferencias.

Ustedes habrán visto que ya empiezan las señoras a usar las ligas por debajo de las rodillas y a mostrar éstas absolutamente desnudas. Al propio tiempo, los calzones de los chicos se encogen cada día más. Y la tendencia se encamina, centímetro tras centímetro, a que a la humanidad entera le salgan rodillas de futbolista.

Esa es la cuestión. Ahora no hay fórmula transaccional entre el pantalón y la falda. Todos los intentos han fracasado. Pero si ellas se lanzan a llevar unas faldas mínimas, las medias enrolladas en la rodilla y los muslos al aire, y nosotros usamos para ir a la oficina la indumentaria de un goal-keeper, no pasará mucho tiempo sin que se conviertan en calzoncillos las faldas de ellas. O al contrario.

Tal es lo que se persigue. ¿Qué opinión tenemos sobre el particular? Ecléctica, absolutamente ecléctica. Ni los pantalones, ni las faldas, tienen nada que ver con la psicopatología del sujeto. Hay señoras, con falda de cola, que son las que llevan los pantalones. Y hay caballeros, con barba hasta la cintura, que

ponen sus amores en fregar platos o en hacer crochet. Lo interesante es que aquí, como en el caso de Antón Piruleiro, cada uno atienda a su juego.

La perspectiva de una humanidad rodilluda y sin diferencias en la indumentaria, tiene tanto de dulce como de amargo. No dejamos de reconocer los inconvenientes numerosos, pero ¡nos seduce tanto la visión de los desfiles femeninos, tan sintéticamente ataviados!

Sin contar con que ganaremos en rapidez. Que es, por lo visto, lo que interesa a los que creen que si un albañil coloca muchos ladrillos realiza algo importante.

¡Quién iba a decir a los caballeros españoles que, andando el tiempo, se anunciarían, pidiendo protección, en la sección "Varios" de *El Liberal*!

Parece que en Nueva York hay bofetadas por presenciar las representacio-

nes de tres obras teatrales; una de ellas titulada "El hombre virgen".

Creemos que habría más frenesí por presenciar la representación de una obra titulada "La mujer virgen". Pero nuestra época es escéptica y muchos rechazarían la obra por excesivamente inverosímil.

A menos que fuese la protagonista la estatua de la Cibeles.

VENEGAS

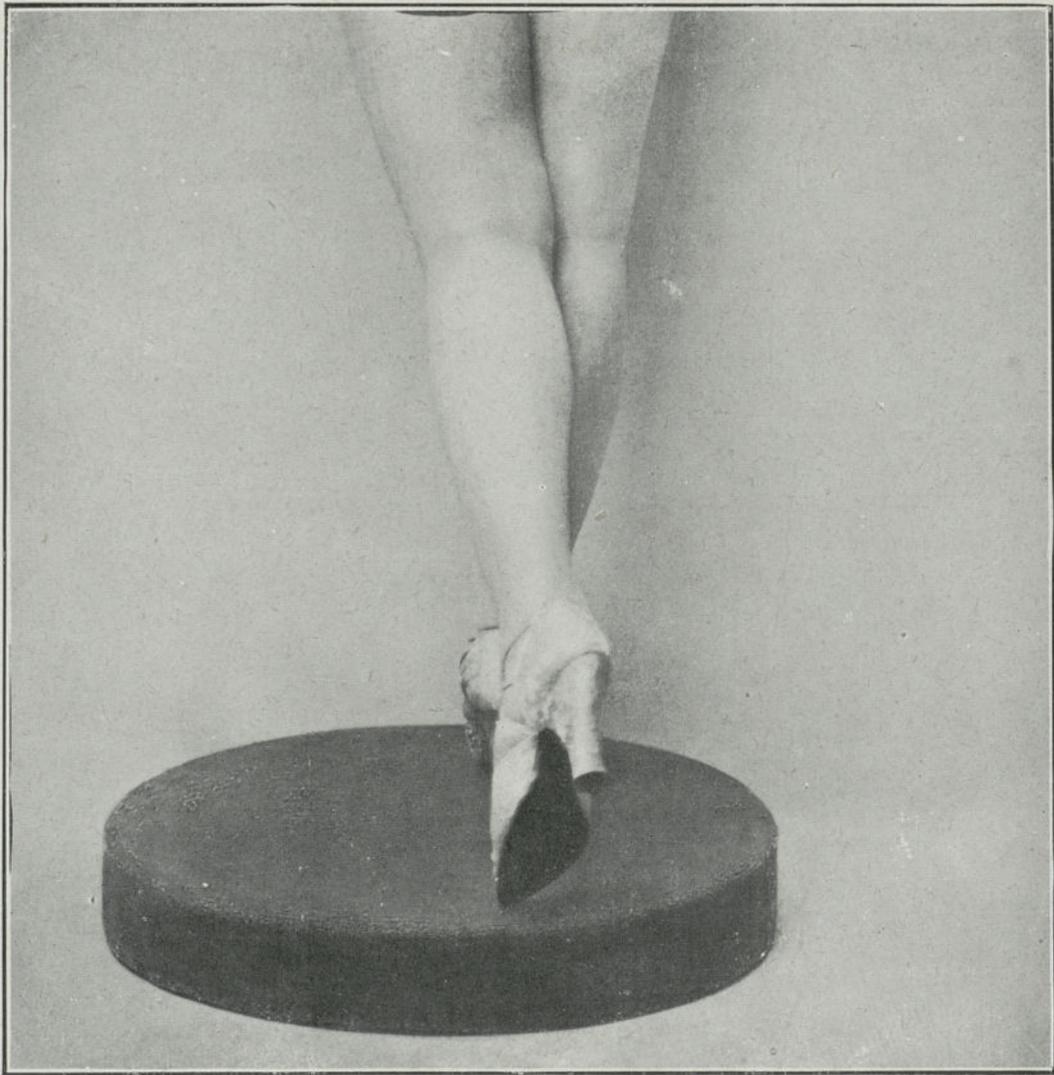
Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
«SECRETO FAUST», infalible
¡aun septuagenarios! Envío pliego
cerrado, 0,25. Escribid
Apartado 1.236. Madrid



CONQUISTAS DEL FEMINISMO, por Herreros.

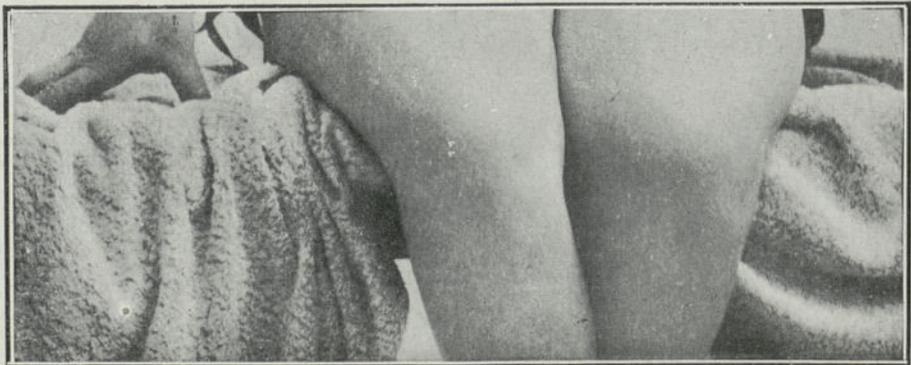
La doctora.—Veamos, veamos... ¿Qué es lo que siente usted?
El enfermo.—Yo creo que lo que tengo es... una dilatación.

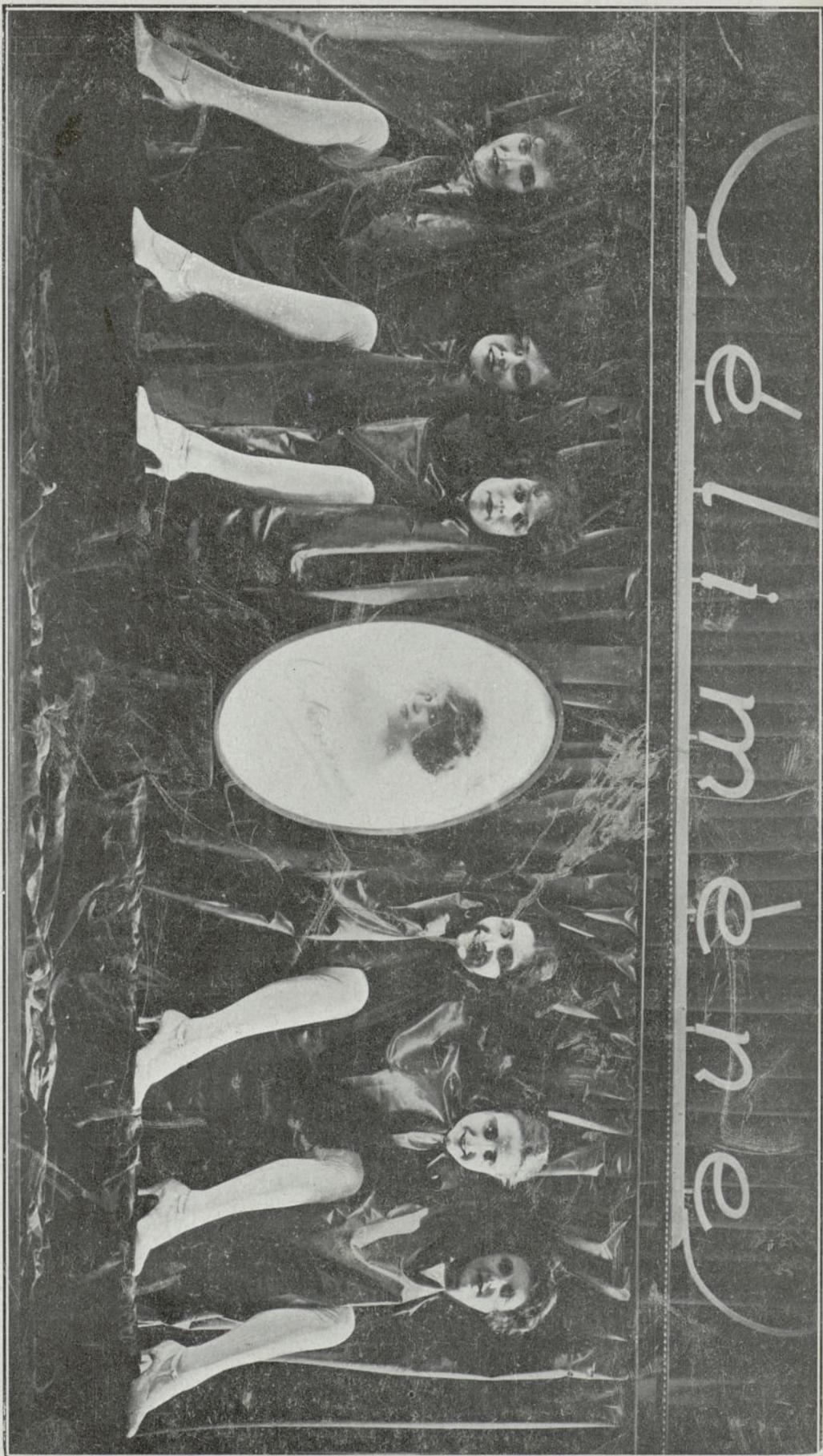


Concurso de piernas, primeras
zonas del muslo y pinreles.

*Repito mi súplica al respetable público que no haga
caso de las imitaciones, y que espere a que comience la
publicación de las piernas platino.*

INCÓRDIEZ.





LOS EXITOS CINEMATOGRAFICOS. — UNA FOTOGRAFIA DE LA MAGNIFICA PELICULA "LA POUPEE DE PARIS".

FOTO ERNESTO GONZÁLEZ.